

Transformar el mundo desde dentro

Mariano Fazio
Vicario Auxiliar del Opus Dei

Llamados al amor

San Josemaría fue un instrumento de Dios para transmitir un mensaje siempre actual: la llamada universal a la santidad en medio del mundo. Vocación viene de *vocare*, de llamar. Y todos estamos llamados por Dios. Con otras palabras, todos tenemos una vocación; esto quiere decir, que Dios llama a toda persona, que Dios no se olvida de nadie. Hay gente que se pregunta: ¿yo tendré vocación al sacerdocio, a la vida religiosa, al matrimonio, etc.? La respuesta es sí: todos tenemos una vocación: el Señor nos llama y la vocación nunca es individualista, no es algo simplemente para mí. No es que el Señor me llame a mí para un proyecto solo mío, para mí y para mi relación individual con Dios, sino que la vocación siempre es a la santidad, en definitiva, una vocación al amor. Estamos llamados a amar a Dios y a todas las personas, a abrirnos, a servir a los demás.

Ninguna persona, y por tanto ningún cristiano, es un átomo, individual y autónomo, perdido en medio del universo, sino que está insertado, metido en un entramado de relaciones. Cuando nos preguntan quiénes somos cada uno de no-

sotros, podemos contestar de muchas maneras. Una forma de hacerlo es decir a qué familia pertenecemos, cuál es nuestra comunidad educativa, cuáles son nuestras relaciones profesionales, la parroquia a la que pertenecemos, el grupo de amigos del que formamos parte, la ciudad donde vivimos, etc.: es decir, que estamos metidos en un entramado de relaciones. El hombre es social por naturaleza.

El Señor nos llama (otra vez vocación, llamada) a ser cristianos, a ser santos en medio de esas relaciones sociales, en medio de ese entramado. No nos llama para santificarnos solo nosotros mismos, sino para santificarnos en la familia, en el trabajo, con los amigos, en la parroquia, en la universidad, en todos los ambientes sociales en los que nos movamos. El Señor nos llama, son palabras del Evangelio, “a ser sal y luz”. También repite tantas veces: “a ser sus testigos en medio del mundo” y, en concreto, a los laicos el Señor los llama a tratar de edificar este mundo nuestro, no el mundo abstracto en general, sino mi familia, mis amigos, mi universidad, el ambiente en el que me muevo según los planes de Dios, a hacer que este mundo sea lo más parecido al diseño que Dios ha pensado para la humanidad.

Para mejorar algo hay que amarlo; si uno odia algo nunca va a tratar de mejorarlo. Si uno ama su patria le gustaría que mejorase; si uno la odiara, le gustaría que fuera cada vez peor. Lo mismo sucede con un equipo de fútbol, con una empresa, y, sobre todo, con las personas. Por eso es necesario amar el mundo, amar la sociedad, amar ese conjunto de relaciones en las que nos movemos. San Josemaría animaba a «ser del mun-

do sin ser mundanos»¹. El mundano es el que considera que el mundo material es el fin último de la persona humana. No se trata de ser mundanos, de amar los placeres, las cosas terrenales como fines en sí mismos, sino de amar al mundo porque el Señor nos llama a santificarnos precisamente allí. San Josemaría predicó una homilía en la Universidad de Navarra, muy conocida, que se titulaba *Amar al mundo apasionadamente*. El amor siempre tiene que ser apasionado. Y el verdadero amor implica querer mejorar lo que se ama. Por eso es importante que nos demos cuenta que en este mundo hay muchas cosas que no coinciden con el plan que Dios tiene para la felicidad de todas las personas: conociendo la enfermedad, nos será más fácil, con la gracia de Dios, remover los obstáculos para que la gente pueda realmente ser feliz.

Ser auténticos cristianos

¿Cómo podemos mejorar este mundo? ¿Cuál es la misión del cristiano en la sociedad actual? Como enseña el Magisterio reciente, la vocación de los laicos es edificar las estructuras temporales según el plan de Dios.

¿Cómo hacerlo? En primer lugar, y creo que esto es absolutamente clave (todo lo que digo son cosas obvias, que me imagino que todos conocen, pero de vez en cuando merece la pena recordar cosas obvias), vamos a transformar el mundo empezando primero transformándonos a nosotros mismos. Por tanto, la clave para edificar el mundo cristianamente es

¹ Cfr. *Camino*, n. 939.

tener vida espiritual, vida interior, convertirnos en almas de oración, siendo así auténticos cristianos. Lo recordaba san Josemaría con una frase rotunda: «Apóstol, primero tú»². El cristiano está llamado a identificarse con Cristo, a ser *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo.

A la vez, formarnos doctrinalmente, conocer bien el Evangelio, la doctrina, de tal manera que podamos después darla. Hay una frase clásica: “nadie da lo que no tiene”. Entonces, si queremos cristianizar este mundo, si queremos actuar con los amigos, hermanos, personas que entran en contacto con nosotros para que descubran la maravilla de la vocación cristiana, si queremos crear un mundo donde haya menos injusticia, donde haya paz, donde haya amor, es importante que empecemos primero por cristianizarnos cada uno a nosotros mismos, no de una forma egoísta, sino sabiendo que para dar primero tengo que tener. Por lo tanto, son fundamentales, la vida espiritual, la relación personal con Dios, con Jesús en concreto, y la formación cristiana. El gran enemigo de Dios es la ignorancia, decía san Josemaría. Este puede ser un punto de examen: ¿cómo es mi vida espiritual y cómo es mi formación?

En segundo lugar, la unidad de vida, término acuñado por nuestro santo y recogido en el Magisterio de la Iglesia. ¿Qué significa unidad de vida? Que tenemos que ser coherentes con lo que creemos. Hay un texto muy clásico de la literatura española, de una de las novelas ejemplares de Cervantes, que imagino que todos habrán leído repetidas veces: *Rinconete y Cortadillo*. En ella se cuenta la historia de dos pillos que se me-

2 *Camino*, 930.

ten en el mundo del hampa de Sevilla, gente de muy mal vivir, pero que tienen gran devoción a un Cristo sevillano y que, por lo tanto, van a visitarlo y le besan, están muy pendientes de Él y piensan que van a ir al cielo porque cumplen una serie de devociones. En Italia con mucha frecuencia descubren escondites de jefes mafiosos. Alguno de ellos tiene una capilla en su casa. También hay jefes de narcotraficantes que tienen devoción a San “Fulanito”. Ahí falta algo; es evidente que hay una gran incoherencia entre la fe y las obras. Unidad de vida significa que tengo vida interior, vida espiritual, que rezo, que conozco la doctrina y que, por tanto, procuro ser coherente con lo que digo y que procuro vivir según mis pensamientos y según mis creencias. Porque si no hay coherencia, mejor no hacer apostolado, mejor no tratar de cambiar las cosas, porque te van a decir: “tú qué cara tienes si no vives realmente lo que estás predicando”. No se trata de ser perfectos, pero sí de luchar por encarnar en nuestra vida la fe que tenemos.

En la homilía pronunciada en 1967 en el campus de la Universidad de Navarra, san Josemaría afirmaba de un modo claro: «Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas. ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristia-

nos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y esa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»³.

Uno de los ámbitos donde con más frecuencia falla la coherencia entre la fe y las obras es en la vida pública. Hace ya muchos años, nuestro santo escribía: «Es frecuente, en efecto, aun entre católicos que parecen responsables y piadosos, el error de pensar que sólo están obligados a cumplir sus deberes familiares y religiosos, y apenas quieren oír hablar de deberes cívicos. No se trata de egoísmo: es sencillamente falta de formación, porque nadie les ha dicho nunca claramente que la virtud de la piedad —parte de la virtud cardinal de la justicia— y el sentido de la solidaridad cristiana se concretan también en este estar presentes, en este conocer y contribuir a resolver los problemas que interesan a toda la comunidad»⁴. En el año 2002, el cardenal vietnamita François-Xavier Van Thuan, que murió con fama de santidad y recientemente ha sido declarado venerable, recordaba cómo san Josemaría deseaba que en el catecismo de la doctrina cristiana se incluyeran algunas preguntas sobre las obligaciones cívicas del cristiano. Gracias a Dios, eso es ya una realidad en el Catecismo de la Iglesia Católica, don de san Juan Pablo II a la Iglesia universal.

En cuarto lugar, además de la vida espiritual, la formación doctrinal y la unidad de vida, si queremos cambiar este mundo ha de estar presente por parte de los cristianos el deseo de

3 *Conversaciones*, 114.

4 *ibidem*.

influir en la sociedad. Esto no es falta de humildad, todo lo contrario. Todos nosotros hemos recibido un gran tesoro, que es el tesoro de la fe, el tesoro de una cierta formación cristiana. Sabemos muchas cosas, tenemos las claves para entender el sentido de la existencia, junto con nuestras limitaciones, nuestros sufrimientos, nuestro dolor. Tenemos una gran responsabilidad de hacer partícipes a los demás de estos bienes. Por eso es muy bueno fomentar ese deseo de influir en la sociedad. San Josemaría animaba a los cristianos a actuar con sentido de responsabilidad en todos los ámbitos de la sociedad. Se trataba de llevar a la política, a la economía, a la cultura la luz de la fe, el calor de la caridad y la seguridad de la esperanza. El cristiano está llamado a luchar por la justicia, a ser un instrumento de paz y de diálogo, a sembrar comprensión. Unidos en los principios propios de la fe, los cristianos actuarían con plena libertad, respetando y promoviendo el legítimo pluralismo connatural a las cuestiones sociales. «Vuestro amor a todos los hombres —escribía san Josemaría— os debe llevar a afrontar los problemas temporales con valentía, según vuestra conciencia. No tengáis miedo al sacrificio, ni a asumir cargas pesadas. Ningún acontecimiento humano puede seros indiferente, antes al contrario, todos deben ser ocasión para hacer bien a las almas y facilitarles el camino hacia Dios»⁵. En *Surco* encontramos un entero capítulo que lleva como título “Ciudadanía”. Es una manifestación de la importancia que otorgaba a esta dimensión del vivir cristiano. En uno de sus puntos expone la tarea del ciudadano que procura ser discípulo de Jesús: «Con-

5 *Carta 15-X-1948*, n. 28.

tribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la economía, el trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social»⁶.

Y para eso hay que procurar tener prestigio. Prestigio ante nuestros amigos, en nuestra familia, en todos los ámbitos donde nos movemos. Si todos los grandes deportistas fueran cristianos coherentes y hablaran sin respetos humanos de su propia fe, y también todos los actores de cine, los escritores, los funcionarios públicos, el mundo sería bastante distinto. El problema es que no hay tantos cristianos que tengan prestigio, que sean los mejores en el ámbito donde se mueven y, por lo tanto, no influyen como podrían. Os invito a ser buenos profesionales y buenos estudiantes universitarios, con el deseo de tener un gran prestigio, no por nosotros mismos, no por vanidad, o para que la gente se acuerde de nosotros y nos aplauda, sino para ser más eficaces y mejores instrumentos en las manos de Dios. Esto es algo muy positivo y necesario para cambiar la sociedad.

Recapitulando, para cambiar el mundo desde dentro, hemos dicho que son necesarias algunas características: vida interior, formación doctrinal, unidad de vida, coherencia entre lo que creemos y lo que vivimos, y prestigio entre las personas que nos rodean.

El último elemento de este influjo cristiano en la sociedad es la transparencia, característica muy apreciada hoy en la cultura contemporánea, o lo que podríamos llamar la autenti-

6 *Surco*, 302.

cidad. En nuestro caso la autenticidad o la transparencia significa manifestar sin ninguna vergüenza que somos cristianos. Este “sano orgullo” se tiene que notar en lo que hacemos, en lo que vivimos, en lo que hablamos. Con otras palabras, que somos hijos de Dios y que estamos muy contentos de serlo. Un cristiano no ha de tener respetos humanos. Hoy en día la mayoría de la gente puede decir las barbaridades más grandes sin ningún problema, sin ponerse rojos, dicen lo que sea. En cambio, a veces, los católicos, tenemos miedo de decir lo que pensamos, y la gente está esperando que seamos verdaderamente auténticos. Cuando la gente nos pregunta: “¿qué te parece eso?” tenemos que responder lo que verdaderamente nos parece siendo coherentes con esa fe que vivimos.

Si adoptamos un estilo evangélico de seguimiento de Cristo, la gente se sentirá atraída, no por nosotros, sino por el *bonus odor Christi*, por el buen olor de Cristo que se desprenderá de nuestra existencia coherentemente cristiana. Si procuramos vivir la vida de Jesús, veremos en los demás al mismo Señor, y pondremos todos los medios para que —a través de la caridad y la amistad— todas las almas se acerquen a Dios. El apostolado es la consecuencia natural del amor al prójimo: deseamos para todos lo mejor, y no hay bien más grande que la amistad con Dios. Lo dice con mejores palabras san Josemaría: la caridad «es convivir con el prójimo, venerar —insisto— la imagen de Dios que hay en cada hombre, procurando que también él la contemple, para que sepa dirigirse a Cristo. Universalidad de la caridad significa, por eso, universalidad del apostolado; traducción en obras y de verdad, por nuestra parte, del gran

empeño de Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»⁷.

Un verdadero cristiano procura, con la gracia de Dios, darse a los demás en la vida corriente. Se esfuerza por ponerse en la situación de las personas con las que comparte su vida, para comprender, animar, acompañar. Sabe mortificar sus gustos para evitar lo que pueda ser un obstáculo para la felicidad del otro. Tiene el don de la oportunidad: habla cuando se da cuenta que el otro necesita conversación, y se calla cuando advierte que necesita solo de nuestra compañía silenciosa. Sonríe cuando no tiene ganas, y se muestra siempre acogedor. Está disponible para escuchar. Aconseja con cariño, corrige con fortaleza y humildad, sin dar lecciones a nadie. Se apresura en pedir perdón si faltó a la caridad, y ofrece con un corazón sincero, el perdón a quien le ha ofendido. Un verdadero cristiano —a pesar de sus miserias y limitaciones— es Cristo que pasa y que invita a su seguimiento. Quien lucha por comportarse así convertirá en realidad el deseo de san Josemaría: «Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: este lee la vida de Jesucristo»⁸.

Siendo otros Cristo, se hace más fácil abrir el corazón, compartir las alegrías, las penas, los dolores, con el amigo. Se establece una relación “de corazón a corazón”, como se lee en el emblema del escudo del cardenal Newman. Habrá un trato “de persona a persona”, al que nos anima el papa Francisco. Seremos, como quería san Josemaría, “apóstoles de apóstoles”,

7 *Amigos de Dios*, 230.

8 *Camino*, 2.

a través de la amistad y la confianza. Nos convertiremos, por todos los caminos del mundo, en “sembradores de paz y alegría”.

Luchar por la justicia

Para cambiar este mundo, para hacer este mundo algo más parecido a lo que tenía pensado Dios antes del pecado original y los pecados que hemos cometido a lo largo de la historia, decíamos que es necesario amar el mundo y, a su vez, conocer este mundo. Van muy de la mano el amor y el conocimiento, pues nadie ama lo que no conoce. Se me ocurren algunos desafíos que se nos presentan ante nuestros ojos: individualismo; hedonismo; relativismo; emergencia social.

Para combatir el individualismo, el camino es vivir el don sincero de sí; para purificar este mundo del hedonismo, hemos de llevar una vida sobria, austera, limpia; el relativismo se vence con una búsqueda sincera de la verdad. Son todos puntos que nos darían mucho material para la meditación. Pero me querría detener en lo que he llamado emergencia social.

Quizá no hay nadie que se muera de hambre aquí, pero sí que hay muchas personas solas, angustiadas, sin ningún tipo de respuesta a las preguntas existenciales, y si abrimos un poquito nuestros horizontes veremos que hay guerras, que hay gente que lo pasa mal, que no tiene qué comer y no podemos quedarnos indiferentes ante ello. El fundador del Opus Dei no se quedaba tranquilo frente a las injusticias sociales. Consideraba que, si la vida espiritual era auténtica, necesariamente debía desembocar en la cercanía a las personas que sufren.

De otra manera, se caería en una religiosidad subjetivista, que encerraría una comodidad ajena al espíritu de Cristo. «No se ama la justicia —escribía en una homilía dedicada a san José—, si no se ama verla cumplida con relación a los demás. Como tampoco es lícito encerrarse en una religiosidad cómoda, olvidando las necesidades de los otros. El que desea ser justo a los ojos de Dios se esfuerza también en hacer que la justicia se realice de hecho entre los hombres. Y no sólo por el buen motivo de que no sea injuriado el nombre de Dios, sino porque ser cristiano significa recoger todas las instancias nobles que hay en lo humano. Parafraseando un conocido texto del apóstol San Juan, se puede decir que quien afirma que es justo con Dios, pero no es justo con los demás hombres, miente: y la verdad no habita en él»⁹.

Su amor a Cristo se reflejaba en su amor por los pobres. Pero no era simplemente un amor sentimental: lo impulsaba a buscar medios para revertir las situaciones de pobreza y miseria de tantas personas en los cinco continentes. Respetando el legítimo pluralismo que existe a la hora de encontrar las soluciones técnicas para resolver las emergencias sociales, no dejaba de recordar a todos que parte central del Evangelio es la predilección por los pobres y enfermos, que deben gozar de los mismos derechos de los demás hombres. Sin medias tintas, afirmaba a mediados del siglo pasado: «En estos tiempos de confusión, no se sabe lo que es derecha, ni centro, ni izquierda, en lo político y en lo social. Pero si por izquierda se entiende conseguir el bienestar para los pobres, para que todos puedan

9 *Es Cristo que pasa*, 52.

satisfacer el derecho a vivir con un mínimo de comodidad, a trabajar, a estar bien asistidos si se ponen enfermos, a distraerse, a tener hijos y poderles educar, a ser viejos y ser atendidos, entonces yo estoy más a la izquierda que nadie. Naturalmente, dentro de la doctrina social de la Iglesia, y sin compromisos con el marxismo o con el materialismo ateo; ni con la lucha de clases, anticristiana, porque en estas cosas no podemos transigir»¹⁰.

Toca a cada uno de nosotros descubrir lo que el Señor nos pide para aportar nuestra colaboración en las soluciones a la emergencia social que nos presenta la sociedad actual.

* * *

Estas son algunas de las ideas que se me ocurren para cambiar al mundo desde dentro. Se puede influir de muchas maneras. Se pueden organizar grandes eventos, procesiones, etc. Eso está muy bien, pero pienso que el Señor, siguiendo la luz que le dio a san Josemaría, nos llama a influir en los ambientes en donde nos movemos, y para ello tenemos que tener vida interior, procurando imitar a Cristo, unidad de vida, coherencia, luchar contra los respetos humanos y querer influir en la sociedad a través de ese prestigio que iremos consiguiendo poco a poco con nuestro esfuerzo y con la gracia de Dios. Y siempre, con alegría, con una sonrisa acogedora, con entrañas de misericordia, poniéndonos en la situación de los demás. Así, se hará realidad en nuestra vida el punto número 1 de *Camino*: «Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso. Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.

10 *Instrucción*, V-1935/14-IX-1950, nota 146.

Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. —Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón»¹¹.

11 *Camino*, 1.